

A. Fernández Alba opina sobre el papel del arquitecto en la sociedad actual

Para algunos arquitectos que iniciamos nuestra vida profesional en la década 1950-1960, incluso para otros que se incorporaron más tarde al ejercicio de esta profesión en nuestro país, no es difícil encontrar en su ejecutoria profesional un cierto desencanto con el «medio» donde muchos de sus trabajos deberían haber sido realidad. Existe como un encuentro casi inconsciente con lo que con cierto énfasis pudiéramos llamar «la escalada de la hipertrofia».

Un optimismo racionalista flotaba en el ambiente arquitectónico de aquellos años, optimismo que poco a poco fue degenerando en el seno de sus propios propagandistas, que habían necesitado de estos parámetros, aparentemente racionales, para enfrentarse con los supuestos irracionales que habían favorecido una arquitectura anecdótica, implicada y comprometida en la construcción de imágenes falsas.

A estos supuestos les seguirían las máximas de unos dogmas, parciales casi siempre, cuando no abusivos, para resolver problemas que estaban implicados en aspectos más profundos del cambio social. Si los postulados racionales habían desembocado en un lenguaje de «buena voluntad formal», que en el fondo no servía más que para disfrazar

las demandas de una alta burguesía en expansión, el nuevo juego de programas para las nuevas necesidades arquitectónicas del país iban a adolecer de unos niveles culturales básicos, tanto en la administración como en la iniciativa privada, cuyas inversiones de capital desarrollarían y siguen desarrollando estos programas con una expresión tan lamentable, como la imagen vulgar que nos ofrece las ingentes construcciones que invaden nuestras ciudades y nuestro paisaje.

El uso y la interpretación del contenido arquitectónico permanece al margen de las intenciones de estos promotores y por implicación de sus eficaces colaboradores, los arquitectos, el desprestigio que ofrece hoy la profesión del arquitecto, está totalmente explicado; pues si bien es cierto que es la estructura de la sociedad, la que como tal se manifiesta, difícilmente se podrá encontrar menor esfuerzo de lucha por orientar y romper el «medio establecido» por parte de una profesión, que por su propia esencia estaba destinada al menos teóricamente a denunciarlo.

Esta situación ha suscitado un individualismo que invade todas las actividades del arquitecto, desde los niveles de la aportación de soluciones, a aquellos

otros del simple ejercicio de la profesión, individualismo que ha degenerado en la competencia más bastarda y en la vulgaridad más apasionada, en la que día a día esta profesión se enfanga. En un «medio» carente de ciertas reglas con la que explicar ciertos resultados, ¿qué papel pueden representar y para que sirven ciertos profesionales que no quieren aceptar de lleno el juego de determinados sistemas? ¿Qué puestos de trabajo pueden ocupar estos profesionales, que propugnan no ya unas teorías, sino trabajar de una forma coherente con la dimensión cultural del tiempo que les ha tocado vivir?

La realidad arquitectónica está implicada en el contexto político-social donde ha de hacerse realidad. Los factores de aportación que el arquitecto tiene que dar, vienen requeridos por unos patrones de conducta que están adulterados, la inercia evolutiva que ofrece toda masa no culturalizada, atrofia estos impulsos de evolución y así se establece en parte de estos profesionales una lucha entre estos modos de conducta y los medios de cultura. La objetividad creadora en una escalada casi estéril por hacerse realidad llaga a atrofiarse y el arquitecto o se instala en los niveles de confort con que el sistema le compra, o se mar-

gina, y el hombre al margen en la sociedad contemporánea es un exilado de su propia personalidad; un profundo «desarraigo» es el resultado entre sus principios y sus realidades. Vivimos una arquitectura sin función de significado, carente de un fundamento científico, en un mundo tan empírico como el arquitectónico, ajena por supuesto a la realidad a que va dirigida, una arquitectura que como ocurre en la conducta de las relaciones humanas cuando falta el ejercicio de la verdad, se transforma en adulatora de su propio vacío.

Estos trabajos que aquí se publican responden todos ellos a proyectos del ejercicio profesional diario, controlados por el «realismo» más cotidiano, de medio, lugar y tiempo con el entusiasmo competitivo más valioso y en la soledad más apasionada, no son canto al personalismo ingenuo, sino expresión y significado de un grupo de hombres alineados en su profesión porque la falta de resonancia en su medio, los ha transformado en testigos mudos de su tiempo, teniendo que soportar la vulgaridad confirmada como símbolo y la gestión como principio, nos da cierta tristeza frente a tanta mediocridad tarifada, pensar que en los estudios de algunos profesionales existe el archivo más valioso del inconformismo.

Antonio F. Alba
Madrid, agosto 68